

Vigostky, cuyas primeras lecturas locales buscaban conciliarlo con las tesis pavlovianas. Este particular Vigostky “pavlovizado” se mostró altamente productivo, por ejemplo, en algunos abordajes locales de la dislexia.

La sección final del libro, que nos acerca a una etapa histórica más reciente, muestra que la tardía consagración internacional de Vigotsky, especialmente en Argentina, fue producto de un extenso y complejo proceso que encontró un factor fundamental en este caso en la paulatina declinación del sistema soviético y la crisis del PC a nivel internacional. En ese sentido, la “despolitización” o más bien la “despartidización” de Vigotsky, que facilitó lecturas diferentes a las que había recibido previamente por parte de los comunistas y pavlovianos argentinos, fue una condición necesaria para su consagración que, sin embargo, encontró su base en el impacto previo de la producción piagetiana propiciada por figuras ligadas al comunismo local.

Habiendo apenas señalado algunos de los temas presentados en *La psicología por asalto*, resulta más que evidente que este libro, además de una obra notoria y accesible para un público amplio, se convertirá en referente y modelo de muchas investigaciones por venir.

**Hernán Scholten**

\* \* \*

**Esteban Campos, *Cristianismo y Revolución. El origen de Montoneros. Violencia, política y religión en los 60*, Buenos Aires: Edhasa, 2016.**

En *Cristianismo y Revolución. El origen de Montoneros. Violencia, política y religión en los 60*, Esteban Campos analiza las derivas de *Cristianismo y Revolución* [CyR], una revista que participó de los flujos culturales que alimentaron nuevas figuras de militancia e identificaciones políticas en Argentina durante la segunda mitad de los 60.

La perspectiva de Campos incluye el análisis discursivo, la reconstrucción de las redes de sociabilidad militante y de las condiciones políticas de la Argentina gobernada dictatorialmente. En ese sentido, el libro ofrece una posición historiográfica que muestra que CyR no fue un texto homogéneo sino una experiencia articulada por una red de productores culturales, representativos de trayectorias heterogéneas. Por eso, la revista de los católicos postconciliares no sería un “órgano de difusión” o “prensa”, modismos militantes que suponen a la producción textual como representación de algo que sucede en otra parte, refutando la idea de que CyR fue “la revista de Montoneros”. En cambio, al rastrear las derivas de la publicación, sus conexiones y las experiencias de quienes pasaron por ella, emergen miradas diversas sobre el fenómeno guerrillero, las identificaciones políticas y los modelos de sociedad deseada.

Para demostrar la hipótesis de que “la convergencia de las identidades

obrero, cristiana, guerrillera y peronista permitió la emergencia de un proyecto de hegemonía alternativa, visible en las páginas de CyR a finales de la década de 1960” Campos indaga los sentidos específicos que esas identidades asumieron en la publicación. Primeramente, la transformación de los patrones político-temporales que acarrearón las críticas al catolicismo integrista, la difusión de nuevas doctrinas pastorales, la figura del cura obrero, el Concilio Vaticano II, las Encíclicas papales y el MSTM, propiciando una orientación que buscó reponer una demanda de justicia terrenal frente al problema de las desigualdades sociales y que funcionó como “reingreso” de la historia en el discurso eclesiástico. En ese tránsito del catolicismo renovador al cristianismo liberacionista, “varios grupos de religiosos y laicos salieron en busca de una tradición emancipatoria para cumplir con el mandato de Camilo Torres, que predicaba la lucha armada y el socialismo como la única manera de realizar la utopía cristiana del ‘amor eficaz’”. Todo ello, afirma Campos, secularizó gradualmente los contenidos de la revista, cada vez menos interesada en los temas propiamente religiosos y más en los políticos.

En segundo término, emerge la caracterización de la condición obrera. Aquí es valiosa la indicación de Campos respecto a que la revista tuvo un primer momento en el que identificó figuras marginales de la clase obrera argentina (hacheros de la cuña boscosa santafesina, zafreros tucumanos); un gesto que, apuntalado en la teoría del foco guerrillero rural, tuvo aún otro efecto: abrió la geografía política del país, incluyendo en una narrativa revolucionaria agentes y territorios negados por las políticas dominantes. Con los años la caracterización se desplazó desde los invisibles y victimizados rurales hacia las urbes industriales y los conflictos obreros. Los testimonios de vida y sufrimiento cedieron terreno al análisis político y las experiencias de lucha. El gesto desembocó en un foco exclusivo sobre la politización de los trabajadores, que clausuró otros aspectos. De hecho, dilemas que fracturaron el conservadurismo católico, como la modernización cultural, el avance tecnológico, la revolución sexual y el consumo de masas, insinuados en los primeros números, desaparecieron como problemas revolucionarios. El debate sobre los modos de vida se redujo a la definición del sujeto político y las expectativas puestas sobre él, al devenir revolucionario y/o guerrillero, a la exacerbación de una moralidad combatiente y ascética. De esto da cuenta un tipo de relación con los textos: “No se trataba de la lectura de los clásicos de Marx y Engels sino de una apropiación de las lecturas más procedimentales del marxismo, en particular las que tenían que ver con el aprendizaje de experiencias históricas o estrategia revolucionaria”. Sobre ese surco tuvo lugar un ajuste discursivo: clase obrera se homologa a trabajadores movilizadas. En este nivel hubiera sido interesante que Campos profundizara el análisis de la categoría “pueblo”, un personaje conceptual decisivo para la época y la revista, en el que se mezclaron ideas provenientes del marxismo y el peronismo. Esa noción aportaría elementos para comprender los vaivenes, muy bien desarrollados a lo largo del libro,

de la figura de Perón en CyR, que a veces era reivindicado como referente político “de carne y hueso” y otras como función o catalizador de un proceso que lo excedía, generándose una tensión entre, por decirlo de algún modo, el “líder-signo” y el “signo-líder” fundamental la época.

Las temporalizaciones activas en el discurso de la revista son otro eje problemático explorado. En la mencionada secularización de aspectos teológicos habría que agregar que “la escatología como doctrina del fin de la historia se combinó con la certeza revolucionaria”, un esquema temporal donde los sucesos devenían “signos” (tal el nombre de la columna editorial al inicio), configurando una comprensión del tiempo histórico, de las propias acciones y organizaciones como “fuga hacia adelante”. Dicha fuga, no obstante, no operó como futurismo (cortando amarras con lo dado por pura caducidad) sino apuntalada en una modelización del futuro a partir experiencias políticas previas (la Revolución Cubana, el peronismo del 45). Esa relación “signo-modelo” resulta fundamental para analizar los regímenes de historicidad y las futuridades de las experiencias políticas revolucionarias en Argentina.

Al respecto, el libro presenta tres categorías claves del pensamiento revolucionario: vanguardia, revolución y guerra. En los capítulos 4 y 5 Campos describe la organización de un esquema político-temporal en el que la vanguardia funcionó como agente de precipitación del futuro en tanto guerra revolucionaria. Dicha imagen operó subordinando al resto de las prácticas: la lucha armada se convirtió en el único Verbo a conjugar y el socialismo (nacional, siempre) en una promesa de potencial creador que, no obstante, no parece tener relevancia política en la actualidad de la lucha. Un juego complejo entre incondicionalidad futura e insignificancia contemporánea.

En este plano la revista delata sus propias transformaciones, cuando la utopía del “amor eficaz” debe ensamblarse a la guerra como vehículo al socialismo, que Campos lee como “un deslizamiento de la nueva teología conciliar –preocupada por el papel del hombre en la historia y el cambio de estructuras– a una teología de la violencia”. Con un análisis detallado de este énfasis en los medios, Campos critica las analogías formales entre mesianismo judeocristiano y vanguardismo revolucionario, que despoja de racionalidad política a los proyectos setentistas de cambio radical .

En resumen, el libro no aporta sólo al conocimiento de una publicación militante sino de los regímenes de historicidad (las formas de articular pasado, presente y futuro) que caracterizaron a las experiencias político-armadas en Argentina. Esa problemática, que involucra la relación medios-fines, los pronósticos, las imágenes de felicidad social y una teoría del sujeto, puede generar lecturas sobre la época que permitan discusiones significativas. Explorando las tramas finas de esa coyuntura es posible evidenciar límites, poner en discusión modelos de sociedad y certezas políticas, reponiendo historiográficamente aquello que, en la época, parecía no contar: que los signos son siempre ambiguos.

***Ezequiel Gatto (Conicet, UNR)***